

de referencia comparativo para comprobar tales hipótesis, lo cual queda fuera del alcance de un estudio de caso único. Sin embargo, este tipo de estudios es un punto de partida necesario para la elaboración de una teoría del gobierno local en México.

Vivianne MÁRQUEZ
*Departamento de Investigaciones
Históricas, INAH*

José C. VALADÉS, *Orígenes de la república mexicana*. La auro-
ra constitucional, México, Editores Mexicanos Unidos,
1972, 704 p.

La obra más reciente de don José C. Valadés intenta dar una visión de conjunto de una de las épocas menos favorecidas por la historiografía mexicana: la que corre de 1821 a 1854. Para ello, el libro consta de 663 páginas de texto, divididas en noventa y tres capítulos, y calzadas por 2760 notas al pie de página. Además, cuenta con un índice onomástico. De los noventa y tres capítulos, aproximadamente el setenta por ciento trata de temas relacionados con la vida política, comprendiendo dentro de ella los aspectos ideológicos, constitucionales, institucionales, diplomáticos y militares, aparte de lo eminentemente político, o sea, las relaciones entre los hombres del poder. El treinta por ciento restante da cabida a aspectos de la vida económica: finanzas públicas y privadas comercio, comunicaciones, agricultura, industria y minería; de la vida social: descripciones de la vida rural y la urbana, costumbres, diversiones públicas, etc., y de la vida intelectual donde destaca la descripción de establecimientos de enseñanza, publicaciones y actitudes de los hombres que escribieron y enseñaron.

Historiador ajeno a las instituciones dedicadas específicamente a la producción historiográfica, Valadés forma parte de esa corriente que hereda parte de la metodología positivista, pero que, al prescindir de la interpretación evolucionista de la historia, queda en puro empirismo. Dentro de éste, Valadés parece orientarse hacia una concepción liberal en lo que toca a la interpretación que hace de los hechos.

Aun cuando no conozco en su totalidad la obra de Valadés, que es extensa, es fácil percibir su preferencia por los grandes temas,

algunos de ellos muy controvertidos, como los referentes a las guerras entre México y Texas y México y los Estados Unidos. Asimismo, su obra se ha caracterizado por el tratamiento exhaustivo de sus temas, como es el caso de *El porfirismo, historia de un régimen* y la *Historia general de la revolución mexicana*, o bien sus biografías de Alamán, Ocampo y Madero, e inclusive trabajos de corta extensión, como su introducción a la *Cartilla socialista* de Plotino C. Rhodakanaty. También es autor de una *Historia del pueblo mexicano*, en tres volúmenes.

Aunque no en todos sus trabajos muestra su aparato crítico, es evidente que Valadés se ha beneficiado de la consulta minuciosa de archivos públicos y privados, como es obvio en *Orígenes de la república mexicana*, donde también se advierte una ausencia de consulta de algunas fuentes de corte historiográfico. Por otra parte, en ocasiones cita apoyos documentales y, más aún, historiográficos, para afirmar cuestiones que no lo requieren, como establecer que Luis Felipe es abuelo de Carlota Amalia. O bien, apoyarse en un discurso de Narciso Bassols para discutir la versión de que Santa Anna quería vender los territorios norteros, antes de La Mesilla. En otras ocasiones, en cambio, afirma cosas que necesariamente deberían estar apoyadas sin hacerlo. Entre la documentación mejor manejada por Valadés, destacan los protocolos del Archivo de Notarías, más que nada para desarrollar sus capítulos acerca de la vida social y la económica. Las obras más aprovechadas, por su parte, son, tal vez, las *Memorias* de Bocanegra y el Suárez y Navarro.

El libro *Orígenes de la república mexicana* carece, en rigor, de estructura. Los noventa y tres capítulos están dispuestos siguiendo una línea cronológica que en más de una ocasión hacen que se pierda el hilo conductor, sobre todo cuando intercala las cuestiones económicas, sociales y culturales dentro del marco político. Da la impresión de que los capítulos, si no todos, sí muchos de ellos, son artículos autosuficientes y no partes de una totalidad. Inclusive, el lector queda tentado a hacer una segunda lectura cortazariana, de acuerdo con una tabla que responda mejor a las reglas de la lógica de la explicación historiográfica. Cuando la obra alcanza su mejor unidad es a partir del tratamiento que da a la guerra entre México y los Estados Unidos y los sucesos posteriores, hasta la irrupción del Plan de Ayutla. Es al final del libro cuando aparecen más claras las finalidades de Valadés, a saber, la discusión de que México

surge a la vida sin una experiencia política y, por ello, la generación inicial fue incapaz de construir un Estado nacional.

La inexistencia de ese estado es lo que sirve de explicación, justificación y recriminación de los hechos y de los personajes responsables de los hechos. No obstante su nacionalismo, Valadés no cae en el juego de la interpretación oficialista de la historia mexicana, sino que llega a hacer la suya propia. Con esto, es obvio que tampoco cae en la interpretación tradicionalista antioficial. Sólo que la interpretación de Valadés no llega a la congruencia necesaria que permita obtener una idea de conjunto en torno a esta época, de suyo caótica. Aplaude y regaña a Zavala, a Alamán, más bien regaña a Otero, pero aplaude a Rejón. Gómez Farías aparece y desaparece sin demasiados calificativos, y así con otros personajes. Santa Anna, en cambio, es el hombre de la época y del libro.

Contrasta la imagen que nos presenta del general veracruzano, con las versiones convencionales de la historiografía oficial o con interpretaciones negativas como la de Fuentes Mares, para llegar a hacer evidente uno de los propósitos del libro: salvar a Santa Anna de ser la figura negra de su tiempo. El general actuó dentro de un México sin Estado y sin Nación y entre políticos inexpertos. Independientemente de la disculpa de Santa Anna, que en rigor no es el personaje execrable que nos enseñaron en la escuela, resulta inconsistente la afirmación de que los políticos de la época eran inexpertos. Piénsese en Alamán, Zavala o Ramos Arizpe (a quien, dicho sea de paso, Valadés no ubica en la dimensión que le corresponde), formados en la experiencia de las cortes españolas, y autores de políticas dignas de estadistas de primera.

La obra de Valadés resulta, así, una enseñanza positiva acerca de una época poco trabajada por los profesionales de la historiografía de hoy, y por lo tanto, lectura obligada para los interesados. Hay que enfrentarse, eso sí, a las constantes arbitrariedades adjetivales del autor, a sus rebuscamientos lingüísticos ("Un mes menos quince días demoró para llegar a las puertas de Acapulco...") y al desciframiento de lo que quieren decir los títulos de los capítulos, muchos de los cuales corresponden en poco a lo enunciado. Pese a ello, es obra a la que se le puede sacar bastante provecho.

Álvaro MATUTE
*Instituto de Investigaciones
Históricas, UNAM*